

Discurso en el Gran restaurant «Miramar»

16 de mayo de 1921

No voy a pronunciar un discurso. Este almuerzo familiar, íntimo, era un alto, un descanso entre dos ceremonias.

¿De qué quieren ustedes que les hable?

(Muchas voces replicaron: «De lo que quiera, de lo que quiera».)

Yo estaba durante la comida —prosiguió— evocando recuerdos de mis viajes y especialmente de los Estados Unidos y al hablar notaba que muchos amigos acuciaban el oído para no perder detalle de mis palabras.

Pues bien, voy a ser un Baedeker ilustrado.

Los Estados Unidos son la primera nación del mundo, porque son el país más agricultor y más industrial de la tierra.

En la historia de los pueblos, jamás se ha conocido un país que ocupase la situación de la República Federal de los Estados Unidos.

Hubo pueblos que basaron su grandeza, su poderío, en el imperio de la fuerza, en su poderío militar; otros en su agricultura, ninguno como los Estados Unidos: es el único caso de la primera potencia del mundo en el orden industrial y en el agrícola.

Me explicaré; los países pequeños europeos y las llamadas grandes potencias de Europa a todas les falta algo para vivir.

Figurémonos en Inglaterra. Siendo una potencia industrial de primer orden, en el campo de la industria, si un temporal impide la llegada de buques a su puerto durante ocho días, se resentiría su mercado, sufriría el pueblo y llegaría a pasar hambre si el aislamiento se prolongaba un mes.

Los ingleses, reyes de la industria, necesitan que otros pueblos les surtan de cuanto necesiten para comer.

Los Estados Unidos deben su grandeza, su poderío a su potencialidad industrial y agrícola y a sus mujeres.

Son un país que forman un mundo aparte dentro de otro mundo.

Si los Estados Unidos se volviesen de espaldas al resto de los pueblos de la tierra, estos pasarían hambre y Norteamérica seguiría viviendo perfectamente de lo suyo.

Allí en aquel país ni se arrastran los sables ni se tienen en cuenta los entorchados. Es un país grande por estas circunstancias y por la sencillez de sus costumbres públicas.

En Washington, en la Casa Blanca, sencillo palacete, como los más sencillos de Versalles, reside el primer magistrado de la nación; desde allí bien puede afirmarse que durante cuatro años se gobierna el mundo.

Cuando en mis viajes paseaba por frente de la Casa Blanca, su presencia evocaba en mí el recuerdo de Napoleón.

Si este levantase la cabeza y rodeado de sus mariscales paseara frente a la sencilla mansión presidencial no podría creer que desde allí se gobierna el mundo.

¡Qué hermosa y qué grande es esa nación!

En realidad, la gran nacionalidad no existe, son muchas pequeñas nacionalidades, muchas pequeñas repúblicas autónomas y bien distintas unas de otras, en lo que a costumbres y legislación se refiere.

Así ocurre, que en el Estado de Nueva York, para llegar al divorcio, precisa que sea sorprendido uno de los cónyuges en flagrante delito de adulterio. En cambio, en los Estados más allá, basta que los esposos manifiesten su propósito de divorciarse para que el divorcio quede decretado.

Hay Estados como en el de Kansas en que está prohibido no solo el uso del alcohol, sino también el del tabaco y apenas penetráis en él, suben al vagón del ferrocarril en que viajáis los guardias y os prohíben fumar hasta que cruzáis de nuevo sus fronteras.

Aquellos Estados forman la República federal de Norteamérica, país tan grande que viajando desde Nueva York a California, en los seis días con sus noches que dura el viaje, hay necesidad de avanzar o retrasar el reloj seis veces, porque habéis recorrido seis meridianos, todo un mundo.

Donde se ve más la grandeza de este pueblo es en lo que a la instrucción se refiere.

En aquel país no hay ministro de Instrucción. Las primeras letras corresponden al Estado, a las Universidades, a los particulares y los ciudadanos de los Estados Unidos se darían por ofendidos si alguien creyera que podría existir mejor ministro de Instrucción que ellos mismos.

Hay más de 500 Universidades particulares y tanto estas como las escuelas de primeras letras, me las imaginaba yo como grandes construcciones, muchas veces mayores en tamaño y suntuosidad a las nuestras.

Escuelas y Universidades las forman enormes parques de 40 hectáreas, con su lago y sus alamedas y paseos. Así se comprende que el niño quiera ir a ellas y llore cuando no se le deja.

En los lagos de los parques de las Universidades reman los estudiantes, como montados a caballo transitan por sus paseos.

Esas Universidades deben su vida a la magnificencia de varios ciudadanos que en uno de sus rasgos acordaron crearlas y mantenerlas, para lo que donan cientos de miles de dólares.

Así, en esos parques se alzan orgullosos varios edificios: unos destinados a la literatura, otros a ciencias naturales y así sucesivamente a los distintos ramos del saber.

Los ricos no solo se reúnen, hacen Universidades y las pagan, sino que al morir dejan sus fortunas para que vivan esos centros docentes.

Los Estados Unidos son el único país donde el rico, donde los grandes millonarios se hacen perdonar sus riquezas. No quiere decir esto que allí no haya diferencias de clases ni cuestiones fomentadas por la envidia que es sentimiento arraigado en todos los hombres de todos los países.

El pueblo francés y el pueblo inglés son pueblos adelantados, progresivos, pero no tienen la fuerza de los Estados Unidos. Yo, cuando hablo con franceses, ingleses, españoles y conste que al hablar así me refiero a los pueblos europeos, pregunto: ¿qué millonario ha dejado su fortuna para crear bibliotecas y fundar y sostener Universidades?

En estos pueblos las fortunas las quieren los padres para los hijos, y todo lo más que hacen algunos ricos es legar bienes para fundar hospitales en los que se presta asistencia a 50 enfermos y en mármoles y estatuas se pregonan los nombres del donante.

Allá ocurre lo contrario. En mi reciente viaje he tenido ocasión de tratar a una hija del multimillonario Morgan, a la que su padre solo había legado un millón de dólares, como a sus hermanos, porque suponía aquel millonario yanqui que con ese millón podían vivir y el resto de su fortuna, que pasaba de mil millones de dólares, fue destinada a instituciones culturales.

Una señora millonaria, que había aprendido el griego clásico, quiso crear una cátedra de dicho idioma y al fundarla levantó en el parque de una de esas Universidades una reproducción del templo griego.

Nosotros también tenemos en América un multimillonario español, Mr. Huntington que ha fundado el Museo Hispano, palacio donde reúne todas las obras que de España hablan y en cuya biblioteca encuentra quien desee estudiar a España todos los datos necesarios.

Este multimillonario es el que encargó a Sorolla los cuadros de las regiones españolas.

A otro millonario yanqui, el rey del acero, Carnegie, le dijeron que en Sevilla estaba el archivo de Indias y, gracias a su esplendidez, allí estudian muchos profesores yanquis cuanto se refiere a la historia de América.

Los Estados Unidos son un país distinto al nuestro y a todos, por su organización política y de la familia. Esta se encuentra constituida de bien distinta forma. El hombre es el trabajador, el que se especializa, el que únicamente se preocupa de su labor, de su negocio, de su profesión, que siempre es especializada.

La mujer, en cambio, es la que queda en casa, la que lee, la que asiste a conferencias y la que está al tanto del movimiento literario.

Yo en estos viajes inventé un cuentecito, el del Metropolitano, que en diferentes ocasiones he repetido, para pintar el carácter del norteamericano.

Un gran señor de Norteamérica sale del teatro Metropolitano, de Nueva York, después de asistir a una representación de ópera.

Este señor no sabe más que lo suyo y en ello es una especialidad, una eminencia; encuentra a un amigo y este le pregunta: «¿Cómo ha estado la ópera?», respondiendo aquel: «No lo sé. Mañana me lo dirá mi diario».

Ello indica la confianza que tiene cada cual en su prensa favorita.

Yo he encontrado mujeres instruidísimas.

En España suprimimos la Inquisición y la hemos sustituido por el miedo al ridículo.

A lo mejor se nos ocurre una gran idea y la abandonamos, no llevándola a la práctica por miedo al ridículo.

Yo asistí a la Convención de Norteamérica donde había de resolverse la cuestión del voto femenino, y las mujeres de todos los Estados Unidos que pedían el derecho de sufragio, cercaron el edificio, y provistas de banderas con inscripciones alusivas formaban filas para que los políticos, al asistir a las sesiones, no tuvieran otro remedio que leer el contenido.

Estas mujeres, para distinguirse, se uniformaron y vistieron trajes blancos con falda corta, y si entre ellas las había muy hermosas, también se veían otras que pesaban más de 100 kilos, que si en el primer momento me hicieron sonreír, bien pronto me hizo comprender que aquellas mujeres eran dignas del gran pueblo. Poco después, esas mismas mujeres, entendiendo que no están aún suficientemente preparadas, solo han llevado al Parlamento dos o tres diputadas.

La mujer dirige y a su dirección se debe que las costumbres de aquel pueblo sean modelo de moralidad.

País de absoluta libertad religiosa, de tolerancia.

No hay americano que no tenga una religión y continuamente surgen sectas, religiones nuevas a las que no faltan adeptos, pero todas ellas viven en completa fraternidad.

Yo he hablado en los templos de muchas religiones.

Recuerdo que un día por la mañana había de dar una conferencia en un local situado en un 27 piso, en un edificio rascacielos. Llegué un cuarto de hora antes de la fijada y en el hall esperaba el que había de ser mi público la salida de los reunidos para oír al propagandista de una nueva religión.

Terminada mi conferencia, iba a dar otra un poeta japonés. De modo que en el transcurso de dos horas se dieron tres conferencias bien distintas a tres públicos bien diferentes.

Nosotros hemos adelantado mucho, en el concierto mundial y especialmente en los Estados Unidos.

España allí es el pueblo que está de moda, que inspira hoy por hoy mayor interés.

La característica del americano es la ingenuidad. Cuando terminó la guerra europea, hablando de España, decían: «Ese es un pueblo de caballeros, de hombres. Con buques malos salieron de Santiago de Cuba y presentaron batalla a la gran escuadra americana y pelearon; buena diferencia de Alemania, cuya escuadra de primer potencia no salió de los puertos».

Yo he tenido el honor de comer en la Escuela Militar de los Estados Unidos, donde se enseña el español, donde los profesores me ofrecieron un banquete, y durante todo él les atormentaba una sola idea. «Nosotros —decían— hicimos mal adelantándonos a declarar la guerra a España por lo del Maine, porque después se ha comprobado que la explosión que le hundió fue interior».

Nosotros tenemos sobre los demás pueblos un exceso de inteligencia, un exceso de imaginación que nos lleva a pensar en un minuto ochenta soluciones y acabamos por no adoptar ninguna. En cambio, ellos, con cuatro o cinco ideas pasan su vida y las realizan; de ahí su grandeza.

Los pueblos que vencen en las luchas armadas son los pueblos rebaños. Hoy, los ejércitos los forman millones de hombres, todos dirigidos por una sola cabeza.

Los españoles difícilmente nos avenimos a esta disciplina. En el continuo viajar, tropecé con muchas colonias de españoles; en todas ellas había, por lo menos, tres grupos; pecamos de exceso de individualismo.

En el fondo somos todos anarquistas. Esta palabra quiere decir no cumplir la ley, pisotearla, y tenemos tal carácter que si se nos obliga a cumplirla decimos que no hay libertad.

En los Estados Unidos, antes de dictar las leyes, se mitinea, se discute, se batalla, pero una vez sancionadas, se acatan y se cumplen.

La disciplina la impone.

Nosotros tenemos más libertad, si así queréis llamarla, pero menos dinero: a vosotros toca dilucidar qué es lo mejor para España y para vosotros mismos.